

Alfonso Villa, *Realidad e imagen del mundo*, México: Silla vacía Editorial, 2021

KARLA YUDIT CASTILLO VILLAPUDUA
Universidad Autónoma de Baja California

Realidad e imagen del mundo es el título del libro más reciente del filósofo mexicano Alfonso Villa, una obra que trae a primer plano, con un estilo ensayístico pero riguroso, el espinoso problema de la realidad de la imagen. Tomando como punto de partida de su exploración el sistema filosófico de Zubiri, el autor organiza su itinerario intelectual en cinco capítulos, cada uno de los cuales se ocupa de un aspecto específico de la imagen: la imagen como representación, liberación de la imagen, realidad como suficiencia constitucional, mundo como respectividad de lo real, y el empalme de tiempo y eternidad en la imagen.

La definición de la imagen como representación, además de un lugar común bien conocido en la historia de la filosofía, es una concepción inadecuada e insuficiente. Muy diversa es, no obstante, la posición del Dr. Villa, quien no titubea en calificar de falsa esta concepción, a la que llama una “filosofía de la disminución de la imagen”. Esta caracterización equívoca habría surgido en el marco de la Grecia Antigua, pues, de acuerdo con el autor “cuando Platón sostiene que este mundo es mero εικόν, mera imagen del mundo de los εἰδή [las ideas o formas], lleva aparejada la afirmación de que el mundo verdadero es el de las ideas y de que el de las imágenes es más bien ψεῦδος [falso]” (16-17). Pero, a diferencia de lo sostenido por Platón, Villa afirma que una imagen es tan real como aquello de lo que es imagen. Por lo cual la tesis sostenida en esta obra será, más bien, “que una imagen condensa la realidad del mundo y no sólo representa un ente o unos entes: de forma densa si se trata de una obra de arte; de forma pública y propagandística en la publicidad [...]; de forma rigurosa si se trata de conocimiento científico [...]” (17). Esta reconstruc-

ción del fondo conceptual del problema de la imagen es posible gracias a una revisión original de una serie de textos de la tradición continental, entre los que destacan, en primera línea, los escritos sobre filosofía primera del filósofo español Xavier Zubiri, varios ensayos y conferencias de Martin Heidegger, la ontología de la imagen desarrollada por Gadamer, el estudio sobre la obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica de Walter Benjamin, y la época presente de Kierkegaard, entre otros.

A partir de una atenta y cautelosa relectura de los textos antes mencionados, el autor extrae las siguientes preguntas: “¿Qué quiere decir la afirmación de que una imagen condensa la realidad del mundo? ¿Qué es una imagen? ¿Qué es realidad? ¿Qué es el mundo? ¿En qué consiste la relación de condensación de la primera respecto de la realidad del segundo?” (19). El primer capítulo (La imagen como representación) cierra con una pregunta contundente: “dado que hay imágenes ¿cuál es su *esencia*, cuál es su naturaleza, en qué consiste su realidad más propia en el mundo?” (20).

En el segundo capítulo (Liberación de la imagen), la demostración de la tesis central se convierte en el principal objetivo de la argumentación. En este el autor plantea que, desde finales del siglo XIX, el concepto de imagen se ha ido liberando poco a poco del estigma de la representación que le ha acompañado desde la época de Platón, dando pauta a una concepción realista que más que asumir la imagen desde su dimensión sensible se centra en su característica conceptual. Llegado a este punto Villa se pregunta: ¿es suficiente decir que la imagen sensible es un mero lugar de paso para dar cuenta, de ese modo, de su esencia y de su verdadera naturaleza? (23).

Villa observa que “la idea de que el conocimiento empieza por impresiones sensibles e imágenes parece cada vez más insuficiente porque, entre otras razones, la fenomenología de Husserl ha podido demostrar que la conciencia es anterior a toda representación –aun conceptual– y a toda imaginación. Heidegger, en su ontología del ser-en-el-mundo, ha demostrado también que el estado de abierto del ser humano es ya comprensor, antes de la presencia de imagen alguna, de un modo del ser de las cosas en el mundo” (24). Aunado a lo anterior, Villa recupera la tesis zubiriana

sobre la imagen, según la cual “para que algo venga a imagen, eso que es imaginario se hace presente como realidad e inteligencia sentiente, de modo que el estar presente de las cosas en la inteligencia es formalmente anterior a la generación de imágenes sobre ellas” (24). Asentada esta primera crítica al empirismo, Villa expone la obsesión representacionista presente en la Edad Media y en la Modernidad, de plasmar descubrimientos científicos en imágenes, como si de cierta manera, en este afán por trazar los paisajes microscópicos a través de la mirada, se obtuviera cierto control y poder sobre los fenómenos estudiados. A partir de esto, el filósofo se autoimpone la exigencia metodológica de continuar con su ruta de indagación a través de la revisión de dos conceptos claves: realidad y mundo.

El tercer capítulo (Realidad como suficiencia constitucional) deja ver desde las primeras líneas que el paradigma de la representatividad de la imagen se nutrió de la filosofía del ser y del ente, entendidos como sustancia, y de la razón como razón conceptual (39). En contraste con esta perspectiva, el profesor Villa toma otra dirección, partiendo de la filosofía primera, desde donde se apuesta por la realidad como sustantividad, y, al mismo tiempo, se identifica un concepto de inteligencia sentiente independiente de la racionalidad lógica, señalando que una imagen “es una cosa real; y se corresponde con la inteligencia sentiente en la que se hace presente como tal cosa real” (*ibid.*) De ahí que el camino que explora el autor lo lleve a recuperar algunos aspectos conceptuales básicos de la obra *Sobre la Esencia* de Zubiri para dar peso a su tesis inicial. En este recorrido histórico-conceptual, Villa replantea la pregunta: ¿Qué es la realidad? Para lo cual recurre a la definición básica de Zubiri, pues esta le permite sostener que esa realidad es actuante en virtud de las notas que la estructuran (en donde por “notas” se entiende todos los momentos que posee una cosa, en distinción con las propiedades aristotélicas). Apoyándose en estos elementos conceptuales de la ontología zubiriana, Villa plantea que “Si bien la imagen tiene un momento de aparecer, de un mostrarse que exige la presencia de aquellos a quienes ha de aparecer, no es menos cierto que la posibilidad de ese aparecer viene dada por la realidad de la imagen” (42-3).

En este punto, el autor encamina su reflexión hacia la pregunta por la esencia de una cosa real con la intención de clarificar la hipótesis que presupone que la imagen condensa la realidad del mundo. Siguiendo este hilo conductor, con la ayuda de Zubiri, se sostiene que la esencia de lo real es “es el sistema de notas constitutivas necesarias y suficientes para que una realidad sustantiva tenga todos los demás caracteres” (43). A partir de este momento, el reto argumentativo se concentrará en la tarea de esclarecer la naturaleza de las notas que hacen posible la constitución de la realidad de las cosas.

El capítulo cuarto (Mundo como respectividad de lo real) expone algunas aclaraciones conceptuales que permiten transitar hacia un concepto de mundo situado lejos de la tradición heideggeriana y representativista. De esta manera, al mundo se le entiende como actualidad de lo real, lo cual implica deslindarse de la sustancia y el ente. Con ejemplos de una fotografía o una pintura se afirma que el momento de realidad de estas imágenes es anterior a su actualización, es decir, posee autosuficiencia constitucional y “se presenta por su propia cuenta, por su propia iniciativa, se abre su propio mundo” (82). Es interesante hacer notar que en este apartado sobresale la referencia a la obra *Respectividad de lo Real* de Zubiri, destacando que la respectividad tiene dos polos. El primero relacionado con la *suidad* de la misma cosa, es decir, eso que le pertenece sin mediación alguna, esto quiere decir lo que es de suyo sin mí. El segundo implica que además de esa *suidad*, también la cosa deviene algo más y “esta formalidad es abierta y, por tanto, siempre más que la *suidad* que determina” (79). Con esta doble polaridad, es posible afirmar que *suidad* y mundo son las dos caras de la respectividad: “Con el concepto de mundo como respectividad de lo real, nuestro rodeo conceptual alcanza una de sus metas principales: encadenar todos los conceptos necesarios para que la claridad sobre la expresión de que la esencia de la imagen consiste en condensar la realidad del mundo vaya mostrándose por sí sola” (*ibid.*).

El capítulo cierra con algunas aclaraciones, entre las que destaca recordar que desde el inicio el autor aclaró que habla de la imagen al menos de dos modos: imagen mental e imagen física: “La primera se refiere a todas aquellas imágenes que genera, crea o produce la inteligencia imagi-

nativa y que quedan en ella, mientras que la imagen física es aquella que tiene un soporte físico diferente de la inteligencia, tal como sucede por ejemplo en una fotografía, en un anuncio espectacular o en cualquier soporte electrónico, como los conocemos el día de hoy” (83). Si bien el análisis propuesto cubre ambos modos de imagen, la investigación se centra sobre las imágenes físicas. Por otra parte, el autor reitera que su interés principal es indagar en la esencialidad de la imagen, y no desviarse en procesos genéticos, relacionados a la inteligencia imaginativa que da lugar a una imagen. En este sentido, el objetivo de la reflexión “es mucho más modesto: sólo quiere decir, en la medida de lo posible, cuál es la esencia de una imagen, cuál es su naturaleza, independientemente del proceso por el que haya pasado para llegar a ser esa imagen” (83).

El último capítulo (El empalme de tiempo y eternidad en la imagen) es la culminación de una indagación profunda sobre la esencia de la imagen, donde es preciso reafirmar la vigencia de dos conceptos fundamentales: el tiempo y la eternidad. Con altura de pensamiento, el autor va cerrando poco a poco, de la mano de Heidegger y su bien conocido texto “La época de la imagen del mundo”, obra donde vislumbra anticipadamente el fracaso de la imagen ante el ambicioso deseo de querer representar el mundo. Ante ello Villa se cuestiona: “¿De dónde saca su fuerza y su seguridad esa afirmación de que la representación del mundo está intrínsecamente acompañada de su imposibilidad?” (87), a lo que responde que, a diferencia de un planeta o un animal, el mundo no es una cosa, sobra decir: no es un ente. Por ello, el anhelo que persigue representar de una vez por todas ese mundo falla desde el inicio del camino, porque “lo primero que ese intento debiera hacer es aclarar qué se entiende por mundo” (87).

Ahora bien, cabe tener en cuenta que Heidegger y Zubiri no coinciden completamente en sus definiciones respecto del mundo, pero coinciden, no obstante, en que no se trata de un ente, ni mucho menos de una totalidad de entes. De ahí la pregunta: “¿de qué modo media la imagen entre la realidad y la inteligencia que siente, que padece, que construye y cambia el mundo?” (88). La reflexión que resulta le permite al autor reforzar sus conclusiones. Pues no solo una imagen es incapaz

de representar al mundo, sino que no hay imagen alguna que logre representar con rigor fidedigno las cosas, que consiga “agotar su contenido real”, porque, finalmente, no le es concedido ningún lugar entre las cosas y la inteligencia. Esto no significa que la representación tenga un defecto de antemano, sino por el contrario, padece de un exceso de realidad. Esto quiere decir que ninguna técnica, ni instrumento, ni dispositivo tecnológico tiene el poder suficiente para captar lo representado en su totalidad. Pues, en efecto, la representación tiene límites; “una imagen lo que hace es condensar la realidad del mundo, y la provisionalidad de ese pequeño cosmos sobre el que se vuelca y desde el que emerge” (88). Villa nota que, si bien el campo de operación original del concepto de condensación está en la física y la química, es permisible trasladarlo a un campo metafísico para explicar cómo “una imagen es una realidad que emana desde otras realidades y estabiliza la volatilidad que caracteriza al hecho que unas cosas son siempre de otras cosas” (89).

Es admirable leer las construcciones metafóricas del autor, quien afirma que “...el trabajo de la inteligencia imaginativa se vuelve vital para que una vida humana feliz sea posible en esta tierra” (*ibid.*) Las imágenes que sobreviven son aquellas que por ejemplo “nos sirven para darnos identidad, para irnos aclarando a lo largo de la historia personal y social” (91). Poco a poco, con sólidas certezas argumentativas, el autor nos va revelando cómo nos habitan el tiempo y la eternidad. Y ante este asombro, vamos comprendiendo cómo navegamos ante el torrente de la finitud temporal, pero al mismo tiempo, sintiendo cómo estamos anclados a lo infinito. “Porque lo eterno y lo tempóreo son los modos simultáneos mediante los cuales nos realizamos los seres humanos y mediante los cuales habitamos originariamente el mundo que laboriosamente vamos construyendo” (94). En ese sentido, las imágenes atrapan los flujos del pasado y el presente, condensando una parte de la materialidad que fuimos en ese momento y lo que somos en la lejanía cuando contemplamos eso que ya no somos.

Continuando con la lectura, el lector puede captar como este último capítulo se escribió bajo una atmósfera de silencio y atardeceres, pues pocas veces se vive el don de la claridad mental y emotiva para resucitar

temas y problemas filosóficos que permanecen en todos los tiempos pero que, lamentablemente, en la actualidad no están entre las reflexiones más urgentes, entre las reflexiones que nos salvan. Asimismo, se encontrará con crudas interrogantes para negar que replantear la simultaneidad del tiempo y la eternidad no es un mero invento teórico o un capricho conceptual. Que este maravilloso problema ha estado entre los grandes pensadores que van desde Platón, pasando por Agustín y Bergson, hasta llegar a Zubiri y al profesor Villa.

A manera de cierre, podemos decir que *Realidad e imagen del mundo* es producto de una larga trayectoria investigativa del profesor Villa sobre la filosofía primera de Zubiri y el intento de tener una búsqueda intelectual propia. Asimismo, pensamos que uno de los grandes logros consiste en esclarecer de manera detallada algunos de los aspectos claves de ontología. De tal modo que esta obra, además de esbozar la tesis sobre la realidad de la imagen y el mundo, también tiene un propósito introductorio y pedagógico. Sin lugar a dudas, la madurez y seguridad de los argumentos es uno de los grandes logros de esta obra, por lo que cualquier lector puede aprehender sus principales supuestos y navegar sin problema alguno. Sobra destacar la honestidad intelectual y empatía hacia el lector, pues en múltiples ocasiones el autor menciona hasta dónde se ha llegado, cuáles son los pasos para construir los argumentos y las tareas pendientes para futuras investigaciones.

Este libro es una apuesta para abrir un camino que conduzca hacia la realidad de la imagen, de la mano de Zubiri, pero con la reflexión puesta en el riesgo de la diferencia. De ahí que, en un futuro no muy lejano, quizá podremos continuar pensando en la ruta de esta meditación, y una vez que hemos afirmado que la imagen es real, quizá sea posible repensar las implicaciones éticas, estéticas y políticas que ello conlleva en una época de bombardeo y saturación de imágenes. Sobra decir que ha llegado el tiempo de liberar a la imagen del peso de la representatividad y así dar cuenta de sus potencias, y esta obra es la puerta inaugural de una gran tarea intelectual por venir: “No tendremos nunca una imagen que represente el mundo, pero toda imagen condensa el carácter respectivo de lo real y lo torna símbolo de la habitación de unos en otros” (99).